

## **Relato de las ascensiones de la expedición suiza de 1963 al Urus y Tocllaraju**

### **UNA EXPEDICIÓN A LA CORDILLERA BLANCA**

Extracto del artículo aparecido en la revista del Club Alpino Suizo *Les Alpes*, fascículo 1, 1964

Traducción del francés por Ismael Mena

#### **El Pico Urus Occidental y el Tocllaraju**

Después de la ascensión de la punta Ishinca y del Ranrapalca, podemos considerarnos con toda propiedad como aclimatados. En efecto, hace más de ocho días que vivimos entre los 4900 metros de nuestro refugio y los 6160 del Ranrapalca. ¡Podemos hasta darnos el lujo de pequeñas carreras sin que nuestro corazón se nos salga inmediatamente por la boca!

Es en razón de lo anterior que, cuando el 1 y 2 de agosto transportamos nuestro campo base desde el refugio Mariscal Castilla hasta el fondo del valle Ishinca, unos 600 metros más abajo, podemos echarnos sobre nuestras espaldas cargas considerables sin sufrir demasiado. Desgraciadamente no nos resta sino una semana para nuestras escaladas y deseamos perder el menor tiempo posible en desplazarnos por el vasto complejo de altos valles de la Cordillera Blanca.

Inicialmente habíamos contemplado dirigir nuestros esfuerzos hacia el Palcaraju, el cual nos habían dicho era accesible desde el oeste. Pero para comenzar, nos fueron necesarios varios días para determinar la verdadera cima de esta montaña. Luego, cuando pudimos identificarla con precisión, se nos apareció bajo la forma de una fiera y lejana pirámide separada por una arista larga, aguzada y con una cornisa como antecima, estando esta misma defendida por una respetable barrera de seracs. Juzgamos entonces el objetivo como demasiado aleatorio para el poco tiempo que teníamos a nuestra disposición y preferimos dirigirnos hacia las cumbres cuyas vías de acceso fueran menos problemáticas y sobre todo más cortas.

Ciertamente, con tan sólo pasarnos al valle del lado, habríamos podido establecer un campamento base al pie de uno de los últimos grandes problemas de la Cordillera Blanca: los 5800 m del Ocshapalca, en el cual varias expediciones anteriores habían fracasado, llegando tan sólo cerca de la cumbre. Pero aún aquí, fuimos muy mal informados sobre las vías de acceso posibles. Además, ¿acaso tendríamos nosotros todo el equipo necesario para tal empresa? Ante estas incógnitas, preferimos el aspecto bondadoso de una cima nevada, también virgen, el Pico Urus Occidental, situado al otro lado del valle de Ishinca, que nos dejaría tiempo, ¿quién sabe? de iniciar otra tentativa hacia un último objetivo. En cuanto a los objetivos iniciales, tendríamos noticias algunos días más tarde de que un equipo americano estaba precisamente intentando conquistar el Ocshapalca, al cual finalmente habría de renunciar después de una serie de contratiempos.

El Pico Urus Occidental remata, por el oeste, la cadena de los tres picos Urus, la cual bordea el valle de Ishinca por el norte y cuya altitud varía entre 5400 y 5600 m. Por su parte, nuestro objetivo termina alrededor de los 5500 m. Para alcanzarlo, debemos comenzar por descender del refugio Mariscal Castilla hasta el fondo del alto valle de Ishinca antes de remontarnos sobre la otra vertiente.

El 2 de Agosto, en previsión de nuestra futura campaña, establecemos nuestro nuevo campo base en una maravillosa pradera, a unos 4300 metros de altitud, en medio

de unos arbustos aromáticos, al abrigo de unos enormes bloques de granito y en la proximidad del torrente que corre hacia el fondo del valle. El lugar es verdaderamente idílico y estamos entusiasmados ante la idea de alojarnos ahí. Hasta el día de hoy, ninguno de nosotros piensa sin melancolía en nuestro paraíso de Ishinca.

Pero no es el momento para divagar. Poco después del regreso de uno de nuestros dos porteadores desde Huaraz, donde había ido a buscar el correo, nos ponemos en marcha cerca de las dos de la tarde con las carpas y el material necesario para establecer un campamento intermedio unos 500 a 600 m más alto, debajo del pico Urus Central. Después de una ruda escalada por unos pastizales tiesos y pinchudos donde un sendero facilitaría bastante la marcha, instalamos nuestro campamento sobre una terraza morrénica inmediatamente debajo del glaciar Urus Sur. El lugar es austero, pedregoso, desprovisto de agua, ¡pero que atrayente! Evoca exactamente lo que el alpinista busca: desprendimiento, silencio absoluto, contacto inmediato con lo esencial... La impresión es todavía más grande cuando la luna se asoma e inunda con su luz “nuestra” cima de mañana, el valle de Ishinca a nuestros pies, el Ocshapalca en frente. Momentos únicos, tan lejos de todo... Nos callamos y contemplamos, largamente.

El día siguiente, al alba ecuatorial, es decir, después, de las 6 horas, nos ponemos en ruta a través de grandes bloques posados sobre las lisas rampas de roca que bordean la base del glaciar. Por quinto día consecutivo, el tiempo se anuncia espléndido, sin una nube. Tras una media hora de acrobacia consistente sobre todo en evitar mover los montones de roca que no esperan más que eso, nos encordamos, fijamos los crampones y enfrentamos la escarpada pendiente glaciar que nos debe conducir al collado entre los picos Urus Central y Oeste. Poco antes del collado, la pendiente disminuye. Hacia las 9h 30, aparecemos en el collado, cercanos a 5300 m.

¡Qué vista! Hacia el norte, el Nevado de Copa, el Hualcán, el inmenso Huascarán, punto culminante del Perú, el Huandoy y toda una procesión de gigantes centelleantes de nombres sonoros y mágicos. Al este, al alcance de la mano, la arista cincelada y cubierta por cornisas que conduce al Pico Urus Central. Esta arista, a pesar de o tal vez a causa de su aspecto áspero y difícil, nos atrae mucho. Pero hoy debemos darle la espalda, porque nuestro objetivo está en frente: el Pico Urus Oeste está virgen, lo que ya no más es el caso, al parecer, de su vecino.

La continuación de nuestro avance parece evidente. Seguimos una rampa nevada que bordea la arista hacia el sur. Luego, por unos desprendimientos de hielo, ganamos el punto más alto de la arista, tras lo cual descendemos hasta una montura que precede inmediatamente el cono somital. Los pasajes se suceden, variados pero no difíciles, y algunos minutos antes de las 11 horas, la primera cordada toca la cumbre, seguida de cerca por la segunda, en la cual nuestro “jefe bien amado y respetado”, Georges de Rham, sufre con justa razón: se ha pescado una gripe que lo clavará varios días dentro de la carpa, en el campo base.

Por el momento la moral está muy alta y estable, así como el tiempo. Saboreamos largamente nuestra victoria, a decir verdad, sin precedente. Al parecer ha habido otros antes que nosotros que han sido menos afortunados y han debido deshacer el camino andado sin alcanzar el objetivo. ¿Será que el estado de ciertos pasajes glaciares se modifica completamente de acuerdo al año? Nos cuesta explicar de otra manera un jaque a esta cima hoy tan benigna.

Hacia el mediodía un avión pasa alto en el cielo. Tal vez sea el confortable jet de *Air-France* que nos ha traído hasta Lima hace dos semanas. Si bien perturba nuestra paz, le dedicamos un pensamiento de reconocimiento por habernos permitido estar aquí,

tan lejos de nuestras casas y en tan poco tiempo. ¡Conjugación milagrosa de la técnica y del mundo original que nos rodea!

Sin embargo, el soñar debe quedar para el regreso. Nos ponemos entonces en marcha y seguimos exactamente la misma vía que para la subida. En el collado bajo el Pico Urus Central, miramos nuevamente con concupiscencia hacia los rebordes audaces de la arista que nos enfrenta... pero esta vez es verdaderamente demasiado tarde para tal tajada. ¡Luego adiós, irremediablemente!

Durante la tarde, volvimos a nuestro pequeño campamento. A Georges le cuesta cada vez más respirar. Él reposa mientras que nosotros esperamos a los dos porteadores, a quienes hemos citado para descender al campo base. Mas al cabo de un momento, nos preguntamos qué es lo que hacen, ya que no se divisa a ninguna persona. Nos decidimos a partir de todas maneras, ya que ellos saben donde están las carpas y además tenemos todas las probabilidades de encontrarnos con ellos en la ruta. A mitad del recorrido, llegamos a una punta herbosa desde donde la vista cae sobre el campo base. Saco mis gemelos: nuestros porteadores vagan tranquilamente entre el material disperso y las rocas del campamento.

Dos de entre nosotros inician un descenso relámpago entre medio de los duros pastizales, de modo que a las 16 h. 15 nos topamos con Eustaquio, por el momento al acecho de alguna presa con su viejo fusil. Muy alegre viene él hacia nosotros y nos felicita por nuestro éxito ya que, con sus extraordinarios ojos de indio, nos ha visto llegar a la cumbre. Nosotros lo recibimos más bien fríamente y le preguntamos qué es lo que ha hecho en lugar de transportar nuestras carpas, ¡dentro de las cuales nos gustaría de todas maneras dormir esta noche! Estupefacción en su rostro: había entendido que debía ir a buscarnos al día siguiente junto con su compañero. Sin dudar un segundo, él se lanza al asalto de las herbosas pendientes y solamente nos pide que le avisemos a Vitaliano – lo cual hacemos diez minutos más tarde al llegar al campamento. Vitaliano no cambia lo dicho por su acólito, sino que en menos de dos horas más tarde, al anoecer, nuestros dos gallardos están de vuelta con todas las cargas: ¡una bella demostración ciertamente, la cual dice mucho sobre las aptitudes físicas y la devoción de nuestros ayudantes!

Aprovechamos las últimas luces del día para armar nuestras carpas. Después de la comida, mientras que mis compañeros se acuestan, disfruto del maravilloso claro de luna para hacer un pequeño paseo por el plano al otro lado del torrente. Ya viniendo de regreso, escucho un grito de animal repetidamente: ¿puma, el león de las montañas? No, percibo a unos 80 m de mí, en el claro de luna, dos magníficos toros, tres cuartos salvajes, uno claro y uno oscuro, que llegan corriendo, ágiles como cabras montesas, y que se detienen en frente de las carpas mugiendo y resoplando con enfado. Yo me acuesto a lo largo del torrente y espero largos minutos. El puente está a 150 m, al lado de las bestias. El torrente tiene 4 o 5 m de ancho. ¿Qué hacer? Me saco los zapatos y mis medias de lana gruesa, arremango mis pantalones por sobre las rodillas y me apresto para cruzar, pero el agua está muy increíblemente helada y bastante profunda... Y luego está la corriente... Y los otros, allá en frente, dentro de sus carpas, que no me ven...

Afortunadamente, al cabo de un momento que me parece una eternidad, los dos animales se deciden a retomar su curso hacia el fondo del valle, pasando a 30 m de mí sin verme, pero mugiendo aún. Mas al mismo tiempo llega un tercer toro, entero negro aquél, el cual se acerca más aún a las carpas y por ende al torrente y a mí, resoplando y piafando, con un aire de estar verdaderamente incómodo. Después de varias hesitaciones y siempre sin verme, sigue el camino de sus antecesores no pasando sino a 20 m de mí. ¡Uf! Me vuelvo a calzar rápidamente y corro como un condenado hacia al

pueblo, luego hacia las carpas, antes de la llegada de un cuarto intruso que finalmente no llega.

Me desplomo sin aliento dentro de la carpa donde me espera Daniel, vagamente inquieto. Así como los otros lo harán al día siguiente, se ríe con mi relato. Para mí, han sido suficientes emociones por un día y, apenas mi respiración vuelve a la normalidad, me duermo profundamente.

El día siguiente, domingo, día de reposo y deliciosas caminatas por nuestro idílico valle, salvo para Georges, realmente no muy bien. Grandes baños en el torrente, fotos, escalada sobre los grandes bloques donde Carlo impresiona a los porteadores con su técnica... En cuanto a los toros, sin huella en el horizonte. Al atardecer, nos calentamos alrededor de un gran fuego de troncos secos, mientras que Apo intenta filmar la salida de la luna, con gran despliegue de procedimientos técnicos de los cuales sólo él conoce el secreto.

Lunes 5 de agosto. Todo se ha desarrollado tan bien hasta aquí que nos decidimos a emprender una tentativa seria al Toellaraju, cuya escarpada cáscara glaciar de 6030 m cierra el valle de Ishinca por el noreste. Temprano por la mañana, es el gran desorden en el campamento: el asalto durará tal vez cuatro días y nos será necesario transportar nuestras carpas y una parte de nuestro material sobre el glaciar al oeste de la pirámide somital, alrededor de 1000 m más alto.

Desgraciadamente, Georges tiene fiebre y no está en estado de acompañarnos. Apo está igualmente agripado y le hará compañía. Nos lamentamos por la ausencia forzosa de nuestros dos amigos, que nos impedirá terminar todos juntos nuestra campaña andina.

Hacia las 8h 30, pesadamente cargados a pesar de la gran carga extra aceptada voluntariamente por Eustaquio y Vitaliano, partimos a un paso pesado hacia las grandes pendientes de turba y acarreo. El tiempo ha cesado de estar hermoso, se levanta viento, pesadas nubes grises arriban desde el Amazonas y despliegan sus altas crestas. La escalada es realmente penosa, perdemos el aliento; por mi parte me deshago de calor, cada paso me cuesta. Por lo tanto, no es sin alivio que alcanzamos la base de la lengua glaciar donde nos calzamos los crampones y nos encordamos. ¡Hace bien soltar la carga! Me consuela un poco el ver que mis compañeros no llevan un paso mucho más largo que el mío: sin duda que el aire pesado no está ahí en vano.

¡Después de un descanso demasiado corto mas benéfico, hay que volver a ponerse el arnés! Nuestros porteadores toman la delantera y nosotros les pedimos que se detengan en un lugar propicio para acampar, no demasiado alto. Nosotros seguimos sus huellas, pero ellos desaparecen en breve en lo alto de la pendiente nevada, en el punto en que ésta se hace más suave. Cuando llegamos en nuestro turno al plateau donde esperamos volver a verlos, no hay nadie. Sin embargo, no es que falten lugares para armar la carpa, un ejército se podría alojar cómodamente. ¿Dónde están entonces nuestros gallardos porteadores? Como no podemos en absoluto prescindir de ellos ni sobre todo de la carga que llevan, estamos forzados a continuar hasta reencontrarlos. Atravesamos todo el plateau, escalamos otras pendientes nevadas que nos parecen muy largas y caemos finalmente sobre nuestros porteadores echados sobre un repliegue del glaciar, bien al abrigo. ¡Uf, llegamos!

Ha comenzado la tarde y debemos instalar el campamento. El tiempo no se presenta nada de bueno. ¿Podremos avanzar mañana? ¿Será necesario hacer un campamento intermedio? El itinerario que habíamos ideado desde abajo con los gemelos pareciera ser practicable. Pero hay un pasaje delicado en hielo. Sobre todo, este itinerario no es visible sino hasta el hombro de la arista noroeste, ¿qué encontraremos después? Son muchas las preguntas que ansiamos responder, ya que la arista sur de

nuestra montaña, la cual vemos mucho mejor, no nos atrae para nada. En cuanto a la cara oeste, no se puede soñar tanto...

Como todos los días, la noche cae de golpe. A las 18h 30, bien repuestos, estamos todos envueltos dentro de nuestros sacos de dormir. El día siguiente nos encuentra descansados, mas decepcionados: el tiempo se cerró, el Tocllaraju está invisible detrás de una espantosa neblina oscura. La situación no mejora con el paso de las horas. Es el peor día desde que llegamos a Perú. Matamos el tiempo haciendo los cien pasos alrededor de las carpas y sobre una pequeña eminencia glaciaria vecina a la cual bautizamos el "Belvédère". Durante toda la larga jornada nos preguntamos si el día siguiente estará hecho de la misma madera. Daniel, nuestro médico, desciende algunos cientos de metros para inspeccionar a sus enfermos en el campo base con los gemelos. Vuelve dichoso, ¡ha visto movimiento cerca de la carpa!

Durante la noche siguiente, me despierto a las 2 y miro el tiempo. ¡Está nevando! A las 6 de la mañana, todo está gris y sombrío. Una hora más tarde, por necesidad de acción, nos levantamos a pesar de todo y decidimos hacer un poco de reconocimiento. Un viejo instinto nos lleva a equiparnos completamente y a coger víveres para la jornada. ¡Uno nunca sabe!

A las 8h 30 dejamos el campamento. Al cabo de un momento una ventana de sol nos levanta la moral. Progresamos regularmente y llegamos a los seracs que defienden el acceso al hombro noroeste. Carlo supera el obstáculo con maestría y las 11 horas estamos ya sobre el hombro.

Para regocijo nuestro, lo que sigue se ve bien, al menos en la medida que los restos de niebla nos dejan ver. El avance es por lo demás facilitado por los jalones de bambú dejados por un equipo americano hace algunas semanas, viniendo desde el norte, tal como nuestros porteadores nos dirían después. Marchamos a buen paso a pesar de la altitud en aumento: nuestro equipo está verdaderamente bien aclimatado. A las 13 horas nos encontramos al pie de la capucha somital, muy escarpada. Envueltos por neblina, la atacamos por la izquierda, ya que es la única que parece practicable. En la mitad de una fractura horizontal en el hielo, nos encaramamos sobre la arista noreste. Carlo lucha con una pendiente de hielo descompuesto. Llegado a un gran pitón dejado por los americanos, asegura al siguiente y luego desaparece en pleno cielo detrás de un abultamiento acornisado de la arista. ¡Cada uno sigue por turnos, en medio de un gran ruido de vidrios rotos! Todavía algunos largos de cuerda, la pendiente se suaviza bruscamente y en medio de un espeso puré de arvejas nos damos la mano en la cima del Tocllaraju, ¡nuestro segundo (y desgraciadamente último) "6000" de la expedición!

Son las 14h 15, y tenemos todo el derecho de estar satisfechos de nuestro cometido. ¿Quién habría osado, esta mañana, afirmar que haríamos cumbre hoy? Siéndonos negado el placer del panorama, ponemos fin a nuestra parada. Después de un somero descanso y algunas fotos circunstanciales, retomamos nuestras huellas en la montaña. Los primeros largos de cuerda exigen la mayor prudencia, después de lo cual emprendemos un paso de autómatas, entrecortado por algunos pasos delicados, hasta las carpas que encontramos antes de las 17 horas. ¡Todo ha salido bien, y estamos muy felices!

Nuestros dos porteadores nos felicitan y nos proponen continuar hasta el campo base. Pero estamos un poco extenuados y necesitamos reponernos. Por lo demás, la noche no está lejos, y la idea de torcerse los pies al avanzar como ciegos por las fuertes pendientes de rocas y turba no nos apetece en lo más mínimo. Preferimos entonces pasar una última noche sobre el glaciario, a pesar del frío que se anuncia muy vivo. A las 18 horas, como los días pasados, todo el mundo está bajo carpa, y enfrentamos nuestra última noche por encima de los 5000 m.

Deben hacer por lo menos unos 15 grados bajo cero. La levantada, al día siguiente, resulta penosa hasta que el sol finalmente se muestra enmarcado por un cielo nuevamente sin nubes. Bajo esta latitud, los rayos son felizmente tibios: nuestros miembros no tardan en recuperar su movilidad y nuestro material lleno de escarcha se seca rápidamente. A las 10 horas, el campamento está desarmado; un último vistazo a nuestro Belvédère y emprendemos un descenso relámpago hacia el fondo del valle de Ishinca donde reencontramos a nuestros amigos para el almuerzo que Apo ha gentilmente preparado. Para él que está mejor, el pesar de no haber podido participar en esta última prueba es amargo. En cuanto a Georges, ha pasado malas jornadas y está feliz de dejar las alturas para recuperarse de su gripe. Partirá, por lo tanto, mañana en la mañana con Daniel, mientras que los otros esperaremos a los asnos para levantar el campamento e ir a buscar algunas cargas que están todavía en el refugio Mariscal Castilla.

El sábado 10 de agosto, la gran aventura ha terminado. Envueltos por la dulce luz del valle de Ishinca, emprendemos, a pesar nuestro, el camino del plano. Llegamos justo a Huaraz para percibir nuevamente, en el llamear crepuscular, la fina e impresionante pirámide del Ranrapalca. Recuerdo todavía cercano, cierto, pero recuerdo al fin.

*Jean Jacques Fatton, Laussane*

Traducido en Santiago, 19 de octubre de 2002